

SIMON SINGH  
EDZARD ERNST

# ¡TRUCCO O TRATAMIENTO?



La  
**MEDICINA ALTERNATIVA**  
a prueba

*Capitán Swing* 

# ¡TRUCO TRATAMIENTO?

La medicina alternativa a prueba

SIMON SINGH  
EDZARD ERNST

Traducción

**Paula Rubio Marqués**  
**Máximo A. Chicano Díaz**

*Capitán Swing* 



# INTRODUCCIÓN



# INTRODUCCIÒN



El contenido de este libro trata, en todo momento, de guiarse por la siguiente frase, escrita hace más de 2.000 años por Hipócrates de Cos, conocido como el padre de la medicina:

Solo existen dos cosas, ciencia y opinión; la primera engendra conocimiento, la segunda ignorancia.

Hipócrates decía que, si alguien proponía un nuevo tratamiento médico, debíamos usar la ciencia para decidir si funciona o no, en lugar de confiar en opiniones personales. La ciencia emplea experimentos, observaciones, pruebas, argumentos y discusiones para llegar a un consenso objetivo sobre la verdad. Incluso cuando se ha llegado a una conclusión, la ciencia sigue investigando y favorece sus propias críticas en caso de que haya cometido un error. Por el contrario, las opiniones son subjetivas y contradictorias, y quien posea la mejor habilidad social tendrá la mejor oportunidad de promocionar su opinión, independientemente de si tiene razón o no.

Guiado por esta frase de Hipócrates, este libro da un repaso científico a la gran cantidad de tratamientos alternativos cuya popularidad está creciendo rápidamente. Estos tratamientos están a la vista en las farmacias, se publicitan en revistas, se pueden ver en millones de páginas web y son utilizados por miles de millones de personas; sin embargo, son vistos con escepticismo por gran parte de la comunidad médica.

De hecho, podemos definir la medicina alternativa como cualquier terapia que no sea aceptada por la mayoría de la comunidad médica convencional, lo que generalmente también significa que estas terapias alternativas tienen mecanismos de acción que la medicina moderna es incapaz de comprender. En lenguaje científico se dice que las terapias alternativas son biológicamente inverosímiles.

Hoy en día es común escuchar el término genérico «medicina complementaria y alternativa», puesto que a veces estas terapias se usan junto con otras (ya sean convencionales o alternativas) en lugar de utilizar solamente la medicina convencional. Sin embargo, esta terminología nos resulta larga y torpe, por lo que, en aras de la simplicidad, hemos decidido utilizar el término «medicina alternativa» a lo largo de este libro.

Las encuestas muestran que, en muchos países, más de la mitad de la población usa la medicina alternativa de una forma u otra. De hecho, se estima que el gasto mundial anual en los distintos tipos de medicina alternativa se encuentra en torno a 45.000 millones de euros y además es el área de gasto médico de más rápido crecimiento. Entonces, ¿quién tiene razón: la persona de mentalidad crítica que piensa que la medicina alternativa es similar al vudú o las familias que confían la salud de sus seres queridos a la medicina alternativa? Hay tres respuestas posibles.

1. Tal vez la medicina alternativa es completamente inútil. Tal vez está rodeada de un marketing muy persuasivo que nos engaña para creer que la medicina alternativa funciona. Puede parecer que en las consultas de

medicina alternativa hay personas amables, hablando como lo hacen sobre conceptos tan atractivos como «maravillas de la naturaleza» y «sabiduría antigua», pero pueden estar engañando al público, o tal vez incluso son personas que también están engañadas. También usan palabras de moda impresionantes como «integral», «meridianos», «autocuración» e «individualizado». Si pudiéramos ver más allá de la jerga, ¿nos daríamos cuenta de que la medicina alternativa es solo una estafa?

2. Puede ser que la medicina alternativa sea asombrosamente efectiva. Tal vez las personas más escépticas, incluida una gran parte de la comunidad médica, sean incapaces de reconocer los beneficios de un enfoque más holístico, natural, tradicional y espiritual de la salud. La medicina nunca ha afirmado tener todas las respuestas, y una y otra vez ha habido revoluciones en nuestra comprensión del cuerpo humano. Entonces, ¿no podríamos pensar que la próxima revolución conducirá a un descubrimiento de los mecanismos que subyacen a la medicina alternativa? ¿O podría haber algún tipo de fuerzas oscuras detrás de su mecanismo? ¿Podría ser que la comunidad médica quiera mantener su poder y autoridad y critique la medicina alternativa para acabar con cualquier rival? ¿O es posible que las personas escépticas sean marionetas de las grandes corporaciones farmacéuticas que simplemente quieren conservar sus ganancias?

3. Quizás la verdad se encuentra en un punto medio.

Cualquiera que sea la respuesta, decidimos escribir este libro para llegar a la verdad. Aunque ya hay muchos libros que afirman decir la verdad sobre la medicina alternativa, confiamos en que el nuestro ofrezca un nivel incomparable de rigor, autoridad e independencia. Somos científicos entrenados, por lo que examinaremos las diversas terapias alternativas de manera escrupulosa. Por otra parte, ninguno de nosotros ha sido empleado por una compañía farmacéutica y tampoco nos hemos beneficiado personalmente del sector de la «salud natural»; podemos decir honestamente que nuestro único motivo es conocer la verdad.

Creemos que la asociación de estos dos científicos hace que el libro esté en equilibrio. Uno de nosotros, Edzard Ernst, es un médico experimentado que practicó la medicina durante muchos años, incluidas algunas terapias alternativas. Él es el primer profesor de medicina alternativa del mundo y su grupo de investigación ha pasado quince años tratando de determinar qué tratamientos funcionan y cuáles no. El otro autor, Simon Singh, es un intruso que ha pasado casi dos décadas como periodista científico, trabajando en medios impresos, televisión y radio, siempre esforzándose por explicar ideas complicadas de una manera que el público general pueda comprender. Juntos creemos que podemos acercarnos más a la verdad que cualquier otra persona y, lo que es igualmente importante, nos esforzaremos por explicárselo de manera clara, entretenida y comprensible.

Nuestra misión es revelar la verdad sobre las pociones, lociones, píldoras, agujas, golpes y estimulantes que están

más allá de la medicina convencional, pero que cada vez son más atractivos para un gran número de pacientes. ¿Qué funciona y qué no? ¿Cuáles son los secretos y cuáles son las mentiras? ¿En quién puedes confiar y quién te está estafando? ¿La comunidad médica de hoy sabe qué es lo mejor o las historias que nos cuentan nuestras abuelas están dotadas de alguna sabiduría antigua y superior? Todas estas preguntas y muchas más se responderán en este libro, por lo que es el examen más honesto y preciso del mundo de la medicina alternativa.

En concreto, responderemos a esta pregunta fundamental: «¿Es la medicina alternativa efectiva para tratar enfermedades?». Aunque es una pregunta breve y simple, cuando se trata de responder se vuelve algo complicado y tiene muchas respuestas dependiendo de tres cuestiones clave. Primero, ¿de qué terapia alternativa estamos hablando? En segundo lugar, ¿a qué afección la estamos aplicando? En tercer lugar, ¿qué se entiende por «efectivo»? Para abordar estas preguntas de manera adecuada, hemos dividido el libro en seis capítulos.

En el primer capítulo se proporciona una introducción al método científico. Explica cómo la comunidad científica, al experimentar y observar, puede determinar si una terapia es o no efectiva. Cada conclusión que alcancemos en este libro depende del método científico y de un análisis imparcial de la mejor investigación médica. De este modo, al explicar antes que nada cómo funciona la ciencia, esperamos aumentar su confianza en nuestras conclusiones posteriores.

En el segundo capítulo mostramos cómo el método científico se puede aplicar a la acupuntura, una de las terapias alternativas más establecidas, probadas y más ampliamente utilizadas. Además de examinar los numerosos ensayos científicos que se han realizado sobre acupuntura, este capítulo también analizará sus orígenes antiguos en el Este, cómo emigró a Occidente y cómo se practica hoy en día.

Los capítulos tercero, cuarto y quinto usan un enfoque similar para examinar las otras tres terapias alternativas principales, como son la homeopatía, la terapia quiropráctica y la fitoterapia. Las terapias alternativas restantes se tratarán en el apéndice, que ofrece un breve análisis de más de treinta tratamientos. En otras palabras, todas las terapias alternativas con las que probablemente nos podamos encontrar se evaluarán científicamente en las páginas de este libro.

El sexto y último capítulo extrae algunas conclusiones basadas en la evidencia en los capítulos anteriores y mira hacia el futuro de la atención médica. Si hay pruebas abrumadoras de que una terapia alternativa no funciona, ¿debería prohibirse o la elección del paciente es la fuerza impulsora clave? Por otro lado, si algunas terapias alternativas son realmente efectivas, ¿pueden integrarse dentro de la medicina convencional o siempre habrá un antagonismo entre esta y la medicina alternativa?

La palabra clave desarrollada a lo largo de estos seis capítulos es «verdad». El primer capítulo explica cómo la ciencia determina la verdad. Entre el segundo y el quinto capítulo se revela la verdad sobre varias terapias

alternativas en base a la evidencia científica. El sexto capítulo analiza por qué importa la verdad y cómo esto debería influir en nuestra actitud hacia las terapias alternativas en el contexto de la medicina del siglo XXI.

La verdad es realmente un producto tranquilizador, pero en este libro viene con dos advertencias. En primer lugar, presentaremos la verdad de una manera franca y sin reparos. Entonces, cuando descubrimos que una terapia en particular sí funciona para una enfermedad concreta (por ejemplo, la hierba de San Juan tiene propiedades antidepresivas si se usa de forma adecuada; consulte el capítulo 5), lo diremos claramente. En otros casos, sin embargo, cuando descubrimos que una terapia en particular es inútil, o incluso dañina, entonces estableceremos esta conclusión con igual fuerza. Ha decidido comprar este libro para descubrir la verdad, por lo que creemos que le debemos a usted ser directos y honestos.

La segunda advertencia es que todas las verdades en este libro se basan en la ciencia, porque Hipócrates tenía toda la razón cuando dijo que la ciencia genera conocimiento. Todo lo que sabemos sobre el universo, desde los componentes de un átomo hasta el número de galaxias, es gracias a la ciencia, y cada avance médico, desde el desarrollo de antisépticos hasta la erradicación de la viruela, se ha construido sobre la base científica. Por supuesto, la ciencia no es perfecta. La comunidad científica admite fácilmente que no sabe todo, pero sin embargo el método científico es sin duda el mejor mecanismo para llegar a la verdad.

Si usted tiene una mentalidad escéptica acerca del papel de la ciencia, le rogamos que al menos lea el capítulo 1. Al final de ese capítulo debería estar lo suficientemente convencido del valor del método científico que utilizará, así que considerará aceptar las conclusiones del resto del libro.

Sin embargo, podría ser que se niegue a reconocer que la ciencia es la mejor manera de decidir si una terapia alternativa funciona o no. Puede ser que su mente sea tan cerrada que se mantenga en su cosmovisión sin importar lo que la ciencia tenga que decir. Puede tener la firme creencia de que toda la medicina alternativa es basura, o puede sostener firmemente la opinión contraria de que la medicina alternativa ofrece una panacea para todos nuestros dolores, dolencias y enfermedades. En ambos casos, este no es un libro para usted. No tiene sentido siquiera leer el primer capítulo si no está preparado para considerar la posibilidad de que el método científico pueda actuar como árbitro de la verdad. De hecho, si ya se ha decidido por la medicina alternativa, lo más sensato sería que devuelva este libro a la librería y solicite un reembolso. ¿Por qué querría conocer las conclusiones de miles de estudios de investigación cuando ya tiene todas las respuestas?

Pero nuestra esperanza es que su mente esté lo suficientemente abierta como para querer leer más.

# ¿TRUCO o TRATAMIENTO?

*Dedicado a su alteza real  
el príncipe de Gales*



¿TRUJO  
TRATAMIENTOS?



## **¿Cómo determinamos la verdad?**

*La verdad existe.*

*Solo se inventan las mentiras.*

GEORGES BRAQUE

El objetivo de este libro es establecer la verdad respecto a la medicina alternativa. ¿Qué terapias funcionan y cuáles son inútiles? ¿Qué terapias son seguras y cuáles son peligrosas?

Se trata de preguntas que la medicina se ha planteado durante milenios. Sin embargo, el desarrollo de un método que permite discernir entre lo efectivo y lo ineficaz y lo seguro de lo peligroso es relativamente reciente. Este método, conocido como medicina basada en la evidencia, ha revolucionado la práctica médica, transformándola de una industria de charlatanes e incompetentes en un sistema de atención sanitaria que puede llevar a cabo milagros tales como el trasplante de riñones, la operación de cataratas, la lucha contra las enfermedades infantiles, la erradicación de la viruela y la salvación de, literalmente, millones de vidas cada año.

Utilizaremos los principios de la medicina basada en la evidencia para poner a prueba las terapias alternativas, así que es crucial que expliquemos de forma adecuada qué es y

cómo funciona. En lugar de introducirla en un contexto moderno, viajaremos atrás en el tiempo para ver cómo surgió y evolucionó, lo que nos permitirá apreciar de manera más profunda sus fortalezas inherentes. En particular, echaremos la vista atrás para ver cómo se usó este método para poner a prueba las sangrías, un tratamiento bizarro y común muy utilizado antiguamente que implicaba hacer cortes en la piel y los vasos sanguíneos para curar cualquier dolencia.

El auge de las sangrías empezó en la Antigua Grecia, como consecuencia de la visión ampliamente arraigada de que las enfermedades estaban causadas por un desequilibrio en los cuatro fluidos corporales, también conocidos como los cuatro humores: sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema. Además de afectar a la salud, los desequilibrios en estos cuatro humores daban como resultado temperamentos particulares. La sangre era asociada con el carácter optimista, la bilis amarilla con estar irascible, la bilis negra con el abatimiento y la flema con sentirse indiferente. El lenguaje moderno aún conserva hoy en día el eco del humorismo en palabras tales como sanguíneo, colérico, melancólico o flemático, aunque su significado ha ido evolucionando con el paso del tiempo.

La medicina griega, desconocedora de cómo circulaba la sangre por el cuerpo, creía que esta podía llegar a estancarse y causar de ese modo problemas de salud. De aquí que defendieran la eliminación de esta sangre estancada, prescribiendo procedimientos específicos para distintas enfermedades. Por ejemplo, los problemas de hígado eran tratados pinchando una vena en la mano

derecha, mientras que las dolencias relacionadas con el bazo requerían pinchar una vena en la mano izquierda.

La tradición médica griega se mantuvo en tan alta estima que las sangrías crecieron hasta llegar a ser, en siglos posteriores, un método popular para tratar pacientes a lo largo de toda Europa.

En la Edad Media temprana, quienes podían permitírselo, se sometían a menudo a sangrías que realizaban los monjes. Sin embargo, en 1163 el papa Alejandro III prohibió llevar a cabo este procedimiento médico tan sangriento. A partir de ese momento, los barberos comenzaron a adoptar la responsabilidad de ser el sangrador local. Se tomaron su papel muy en serio, refinando cuidadosamente las técnicas y adoptando nuevas tecnologías. Junto a la simple cuchilla estaba la flemática, una hoja accionada por un resorte que cortaba con cierta profundidad. Años más tarde a esta le seguiría el escarificador, que consistía en una docena o más de hojas con resorte que laceraban la piel de manera simultánea.

Para aquellos barberos que preferían un método menos tecnológico y más natural estaba la opción de usar sanguijuelas medicinales. Estos parásitos chupasangres tienen, en uno de sus extremos, tres mandíbulas separadas, cada una de ellas con aproximadamente cien dientes diminutos. Eran un método ideal para realizar sangrías en las encías, los labios o la nariz de un paciente. Además, la sanguijuela produce un anestésico local que ayuda a disminuir el dolor, un anticoagulante para prevenir la formación de coágulos sanguíneos y un vasodilatador que dilataría los vasos sanguíneos de su víctima e incrementa el

flujo. Para permitir sesiones de sangrado mayores, los doctores llevaban a cabo «bdellatomías», que consistían en realizar un corte en la parte final de la sanguijuela para que la sangre penetrara por su extremo succionador y a continuación se derramase por el corte. Esto evitaba que la sanguijuela pudiera llegar a llenarse y la forzaba a continuar succionando.

A menudo se dice que el mástil rojo y blanco de las barberías actuales es un elemento que recuerda el antiguo papel del barbero como cirujano, pero en realidad está asociado a su función de sangrador. El rojo representa la sangre, el blanco es el torniquete, la esfera en el extremo simboliza el cuenco de latón y el propio mástil hace referencia a la vara que los barberos proporcionaban a sus pacientes para que apretaran durante las sangrías, ayudando con ello a aumentar el flujo de sangre.

Mientras tanto, las sangrías eran también practicadas y estudiadas por las principales figuras médicas en Europa, como Ambroise Paré, que fue el cirujano real oficial de cuatro reyes franceses durante el siglo XVI. Este escribió ampliamente sobre el asunto, ofreciendo multitud de pistas y consejos de interés:

Si las sanguijuelas se manejan con las manos desnudas, se enfadan y llegan a estar tan llenas que no morderán; por tanto, deben sostenerse en una tela de lino blanca y limpia y aplicarlas a la piel, que habrá sido levemente escarificada primero o untada con la sangre de alguna otra criatura, puesto que así se agarrarán a la carne y a la piel totalmente y con más avidez. Para hacer que se retiren debe ponerse un poco de polvo de aloe, sal o cenizas sobre sus cabezas. Si alguien desea saber cuánta sangre han drenado, pueden espolvorearse con sal pulverizada tan pronto como son retiradas, puesto que así vomitarán toda la sangre que hayan succionado.

Cuando Europa colonizó el Nuevo Mundo, también se llevó allí la práctica de las sangrías. Desde la medicina americana no se vieron razones para cuestionar las técnicas que se enseñaban en los grandes hospitales y universidades de Europa, así que se consideraron también las sangrías como un procedimiento común que podía usarse en una gran variedad de circunstancias. Sin embargo, cuando se administró al paciente más importante de la nación en 1799, su uso se convirtió repentinamente en un asunto polémico. ¿Eran las sangrías realmente una intervención médica que salvaba vidas o estaban en realidad poniendo en peligro la vida de sus pacientes?

La controversia comenzó la mañana del 13 de diciembre de 1799, el día que George Washington despertó con síntomas de estar resfriado. Cuando su secretario personal sugirió que tomara alguna medicina, Washington le respondió: «Sabes que nunca tomo nada para un resfriado. Como ha venido se irá».

Aquel presidente, de sesenta y siete años no pensaba que la congestión y el dolor de garganta fueran algo de lo que preocuparse, especialmente después de haber sufrido y superado enfermedades mucho más severas. Había contraído la viruela de adolescente, a la que le siguió la tuberculosis. A continuación, cuando era ya un joven superviviente, se infectó de malaria mientras trabajaba en los pantanos repletos de mosquitos de Virginia. En 1755 sobrevivió milagrosamente a la batalla de Monongahela, a pesar de que mataron a sus dos caballos e incluso habían perforado su uniforme cuatro balas de mosquete. También sufrió neumonía, hizo frente a varias recaídas posteriores

de malaria y desarrolló un «absceso maligno» en su cadera que lo incapacitó durante seis semanas.

Sin embargo, a pesar de haber sobrevivido a campos de batalla sangrientos y enfermedades realmente peligrosas, este resfriado aparentemente menor con el que se despertó la mañana de aquel viernes 13 sería la mayor amenaza para la vida de Washington.

Su estado de salud se deterioró tanto durante la noche del viernes, que se despertó de madrugada jadeando en busca de aire. Cuando Albin Rawlins, el capataz de Washington, preparó una mezcla de melazas, vinagre y mantequilla para su paciente notó que apenas podía tragarla. Rawlins, que también era un experto sangrador, decidió que era necesario tomar medidas más drásticas. Ansioso por aliviar los síntomas de su señor, utilizó un cuchillo quirúrgico conocido como lanceta para crear una pequeña incisión en el brazo del general y retirar un tercio de litro de sangre en un cuenco de porcelana.

La mañana del 14 de diciembre no había todavía ningún signo de mejora, así que Martha Washington se sintió aliviada cuando tres doctores llegaron a la casa para cuidar de su marido. El doctor James Craik, el médico personal del general, iba acompañado del doctor Gustavus Richard Brown y del doctor Elisha Cullen Dick. Diagnosticaron, acertadamente, *cynanche trachealis* («estrangulamiento del perro»), lo que hoy sería interpretado como una epiglotitis aguda, que era el motivo de la obstrucción de garganta de Washington y su dificultad para respirar.

El doctor Craik aplicó algunas cantáridas (una preparación a base de escarabajos secos) a su garganta.

Cuando esto no tuvo efecto, optó por sangrar al general y quitarle otro medio litro de sangre. A las 11 a. m. le extrajo de nuevo una cantidad similar. El cuerpo humano normalmente contiene solo cinco litros de sangre, así que en cada sesión se le quitó a Washington una fracción significativa de esta. El doctor Craik no parecía preocupado. Llevó a cabo una nueva flebotomía por la tarde, retirando otro litro completo de sangre.

Durante algunas horas posteriores parecía que la sangría había funcionado. Washington pareció recuperarse y durante un rato fue incluso capaz de sentarse recto. Sin embargo, solo se trataba de una mera remisión temporal. Cuando más tarde su estado se deterioró de nuevo los doctores llevaron a cabo una nueva sesión de sangrado. Esta vez la sangre era viscosa y fluía lentamente. Desde una perspectiva moderna, esto reflejaría deshidratación y una pérdida general de fluidos corporales por la excesiva merma de sangre.

A medida que la tarde pasaba, los médicos solo podían observar con tristeza cómo sus numerosas sangrías y sus diversas cataplasmas no conseguían ayudar a su recuperación. El doctor Craik y el doctor Dick escribirían más tarde: «Los poderes de la vida parecían ahora manifiestamente afectados a la fuerza del desorden. Se aplicaron ampollas a las extremidades y una cataplasma de salvado y vinagre a la garganta».

George Washington Custis, el nieto político del moribundo, documentó los momentos finales del primer presidente de Estados Unidos.

A medida que la noche avanzaba era más evidente que se estaba apagando y parecía plenamente consciente de que «su hora estaba cerca». Preguntó la hora y se le respondió que faltaban unos minutos para las diez. No volvió a hablar; la sombra de la muerte se cernía sobre él y era completamente consciente de que «su hora había llegado». Con un autocontrol sorprendente, se preparó para morir. Estirando su figura y doblando sus brazos sobre su pecho, el Padre de la Patria murió. No hubo ningún gemido o síntoma de lucha cuando su noble espíritu se despidió silenciosamente; al contrario, tan en paz se mostraban sus rasgos varoniles en el reposo de la muerte que tuvieron que pasar algunos instantes hasta que los que le rodeaban pudieran creer que el patriarca se había ido.

A George Washington, un gigante de un metro noventa, se le había drenado la mitad de su sangre en menos de un día. Los doctores responsables de haber tratado a Washington indicaron que tal medida había sido necesaria en un último esfuerzo desesperado para salvar la vida del paciente y la mayoría de sus colegas apoyaron la decisión. Sin embargo, también surgieron voces dentro de la comunidad médica que disentían. Aunque las sangrías habían sido aceptadas como una práctica médica durante siglos, una minoría de doctores estaban empezando ahora a cuestionar su valor. De hecho, argumentaban que las sangrías suponían un riesgo para pacientes, sin importar en qué parte del cuerpo se realizaran e independientemente de si se extraía medio litro o dos litros. De acuerdo con estos médicos, el doctor Craik, el doctor Brown y el doctor Dick realmente habían matado al antiguo presidente al haberle desangrado innecesariamente hasta la muerte.

Pero ¿quién tenía razón? ¿Los más eminentes doctores del lugar que habían llevado a cabo sus mejores esfuerzos por salvar la vida de Washington o los heterodoxos doctores

que veían las sangrías como un legado loco y peligroso de la Antigua Grecia?

Casualmente, el mismo día que Washington murió, el 14 de diciembre de 1799, hubo una resolución judicial sobre si las sangrías suponían realmente una cura o un perjuicio. El juicio surgió como resultado de un artículo escrito por el reconocido periodista inglés William Cobbett, que vivía en Filadelfia y se había interesado por las actividades del doctor Benjamin Rush, el más famoso y clamoroso defensor de las sangrías.

El doctor Rush era admirado en todo Estados Unidos por su brillante carrera política, científica y médica. Había escrito ochenta y cinco publicaciones de importancia, incluyendo el primer libro de texto estadounidense sobre química; había sido cirujano general del Ejército Continental; y, lo más importante de todo, había sido uno de los firmantes de la Declaración de Independencia. Sus logros probablemente eran esperables teniendo en cuenta que se había graduado a los catorce años en el College of New Jersey, el que más tarde llegaría a ser la Universidad de Princeton.

Rush trabajó en el Hospital de Pensilvania, en Filadelfia, y enseñó en su Escuela de Medicina, como responsable de preparar a tres cuartas partes de los médicos estadounidenses durante su docencia. Fue tan respetado que llegó a ser conocido como el «Hipócrates de Pensilvania» y es, aún hoy, el único médico que tiene una estatua honorífica en Washington D. C. por la Asociación Médica Americana. Su prolífica carrera le permitió convencer a toda una generación de médicos sobre los

beneficios de las sangrías, incluidos los tres doctores que atendieron al general Washington, pues Rush sirvió con el doctor Craik en la guerra de Independencia, estudió medicina con el doctor Brown en Edimburgo y dio clases al doctor Dick en Pensilvania.

Ciertamente, el doctor Rush practicaba lo que predicaba. Sus esfuerzos de divulgación sobre las sangrías más documentados tuvieron lugar durante las epidemias de fiebre amarilla de 1794 y 1797. En ocasiones llegó a sangrar a cien pacientes en un solo día, con lo que su práctica clínica tenía asociados el hedor de la sangre seca y los enjambres de moscas. Sin embargo, William Cobbett, que tenía un interés especial en denunciar escándalos médicos, estaba convencido de que Rush estaba matando, sin ser consciente, a muchos de sus pacientes. Cobbett empezó a examinar los registros locales de mortalidad y descubrió con bastante certeza un incremento en la tasa de muertes después de que los colegas de Rush siguieran sus recomendaciones sobre sangrías. Esto le impelió a declarar que los métodos de Rush habían «contribuido a la despoblación de la Tierra» .

La respuesta del doctor Rush a esta acusación de mala praxis fue denunciar a Cobbett por difamación en 1797 en Filadelfia. Los retrasos y las distracciones hicieron que el caso se retrasara durante más de dos años, pero a finales de 1799 el jurado estaba listo para tomar una decisión. El asunto clave era si Cobbett tenía razón al afirmar que Rush estaba matando a sus pacientes mediante las sangrías o si su acusación era infundada y maliciosa. Aunque Cobbett podía aportar las tasas de mortalidad para apoyar su causa,

eso no suponía un análisis riguroso del impacto de las sangrías. Aún peor, todo lo demás estaba en su contra.

Por ejemplo, en el juicio solo hubo tres testigos, todos médicos, que simpatizaban con la perspectiva del doctor Rush. Además, el caso fue argumentado por siete abogados, lo que sugiere que el poder de persuasión era más influyente que la evidencia. Rush, con su riqueza y reputación, tenía los mejores abogados en la ciudad para defender su caso, así que Cobbett luchó siempre una batalla cuesta arriba. Además, como culmen de todo esto, el jurado posiblemente estaba influenciado por el hecho de que Cobbett no era médico mientras que Rush era uno de los padres de la medicina estadounidense, así que habría parecido natural apoyar las afirmaciones de Rush.

No es sorprendente que Rush ganara el caso. Se ordenó a Cobbett abonar 5.000 dólares en compensación, la que fue la mayor multa que se había pagado nunca en Pensilvania. Así que, justo al mismo tiempo que George Washington moría después de una serie de procedimientos de sangrado, un tribunal estaba decidiendo que se trataba de un tratamiento médico perfectamente satisfactorio.

No podemos, sin embargo, basarnos en un tribunal del siglo XVIII para decidir si los beneficios médicos de las sangrías compensan cualquier daño colateral. Después de todo, el juicio estaba probablemente manipulado por todos los factores ya mencionados. También es necesario considerar que Cobbett era un extranjero mientras que Rush era un héroe nacional, por lo que una sentencia contra Rush era casi impensable.